



Una vacuna de amor

MELLLAMO JANG DONG-WOON. Varias veces al día, aparecen alertas de texto de emergencia en mi teléfono celular. Bip, bip. Los mensajes contienen información sobre el coronavirus, así como advertencias para no salir de casa.

La región de Corea del Sur donde vivo se había destacado como una zona libre de COVID-19, pero todo cambió después de que el “paciente 31” trajera el virus a mi región tras asistir a la reunión de una secta. Nuestra ciudad se convirtió rápidamente en la más infectada del país, con cientos de nuevos casos confirmados cada día. El número de casos superó los 6.000 menos de un mes después de aquel evento. A medida que los medios de comunicación nacionales publicaban informes diarios relacionados con mi región, la gente del resto del país nos miraba con desprecio, considerando que éramos los principales responsables de la propagación del coronavirus.

Todo pareció detenerse en un instante. No había gente en los supermercados, ni en los mercados al aire libre ni en los restaurantes. Nadie compraba ni vendía nada. Pocos autos circulaban por las calles. El virus invisible rápidamente lo puso todo patas arriba.

Mi iglesia también se vio afectada. Yo había compartido libremente mi amor por Jesús durante décadas, pero mis actividades de adoración y misioneras se paralizaron. Me preguntaba si la iglesia de Dios debería verse obligada a cerrar sus puertas. ¿Acaso deberíamos renunciar en silencio a nuestro llamamiento de difundir el evangelio y esperar a que la situación mejorara? Mientras el mundo se cerraba, yo oraba: “Padre mío, sé que la crisis mundial es tu oportunidad. ¿Qué

quieres que yo haga?” Esta era mi oración una y otra vez.

Una gran luz brilló en la oscuridad. Recordé haber aprendido a preparar un desinfectante para las manos en una actividad del Departamento de Ministerios de Salud de la asociación local de la iglesia. “Una de las cosas que la gente necesita ahora es desinfectante para las manos”, pensé. Con la ayuda del Departamento de Ministerios de Salud, los miembros de mi iglesia preparamos alrededor de mil frascos de desinfectante para las manos y los distribuimos en los mercados al aire libre. Nos poníamos mascarillas y guantes para luego obsequiar el desinfectante de manos. La gente respondió a nuestros esfuerzos como si el desinfectante fuera uno de los regalos más valiosos del mundo. Mostraron una sincera gratitud. No mencionábamos el nombre de nuestra Iglesia, pero mucha gente preguntaba: “¿De dónde vienen?”; o, “¿Qué organización representan ustedes?” En esos casos respondimos que éramos miembros de la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

Una crisis se convirtió en una oportunidad. El amor de Dios revelado a través de nuestro esfuerzo estimuló los corazones congelados por el coronavirus.

Más adelante, Dios me dio otra idea. En Corea del Sur se experimentaba un gran pánico en todo el país, ya que las mascarillas se agotaron. Largas filas de personas esperaban para comprar las pocas que quedaban en las tiendas. “¿Cómo podré ayudar a todas esas personas?”, me preguntaba. Mientras pensaba en ello, recordé haber aprendido a usar una máquina de coser cuando era joven. Empecé a confeccionar mascarillas de tela en casa. Mien-

CÁPSULA INFORMATIVA

- El coreano es el idioma oficial tanto de Corea del Norte como de Corea del Sur. En ambos países se utiliza el alfabeto coreano que se inventó en el siglo XV.
- El elemento más popular y conocido de la cocina coreana es el *kimchi*, un plato elaborado con diversas verduras y condimentos fermentados, incluyendo el chile en polvo.

tras cosía lentamente mascarilla tras mascarilla, otros miembros de la iglesia se enteraron de la iniciativa y se ofrecieron como voluntarios para ayudar. Su participación me dio ánimo y fuerzas. Sobre todo, me regocijé al ver a algunos miembros de la iglesia que se habían retirado del trabajo misionero, recuperar su celo por Cristo debido a la amenaza del coronavirus.

Nuestro Dios es un Dios poderoso que convierte las crisis en oportunidades. Las

personas separadas por el distanciamiento social se acercaron unas a otras gracias al proyecto de preparar desinfectantes para manos y mascarillas. Mi iglesia se ha convertido en un lugar para compartir la vacuna del amor, la mejor vacuna en una crisis. Hemos distribuido 3.000 frascos de desinfectante para las manos y cientos de mascarillas.

Paralelo a ese esfuerzo para compartir nuestro amor, iniciado y estimulado por el mismo Dios, me dedico a orar fervorosamente para que la tierra se llene “del conocimiento del Señor, así como las aguas cubren el mar” (Isaías 11:9).

Parte de las ofrendas del decimotercer sábado de este trimestre ayudarán a construir un centro misionero en la región de Corea del Sur donde está ubicada la iglesia a la que asiste Jang Dong-woon.

Esta historia misionera ilustra los siguientes componentes del plan estratégico “Yo iré” de la Iglesia Adventista Mundial:

- *Objetivo de crecimiento espiritual n° 1:* “Revivir el concepto de misión mundial y sacrificio por la misión como un estilo de vida que no solo incluya a los pastores, sino también a todo miembro de iglesia, jóvenes y ancianos, en el gozo de ser testigos de Cristo y hacer discípulos”.

- *Objetivo de crecimiento espiritual n° 2:* “Fortalecer y diversificar el alcance adventista en las grandes ciudades, [...] entre los grupos de personas no alcanzadas y poco alcanzadas, y en las religiones no cristianas”.

Obtenga más información sobre este énfasis estratégico en lwillgo2020.org/es/.